

## Crisis, valores y acción social

En una de las obras gráficas de Jimmy Liao aparece un hombre al lado de una apesadumbrada rosa. El hombre mira al lector y, en el poema que acompaña a la imagen, nos cuenta:

*La rosa no se lo cree.*

*Su cuerpo se estremece de miedo.*

- ¿De verdad hay gente en el mundo que no me quiere?

No me atrevo a responder,

*porque tengo miedo de que pronto se marchite.*

Observo esa página con ojos de educador y me imagino intentando explicarle cómo funciona el mundo a alguno de los millones de seres humanos que sufren las consecuencias del triunfo de la libertad como valor supremo.

Nada tiene que hacer la belleza de lo frágil, lo pequeño o lo necesario frente al derecho individual de elegir por encima de todo. No puede ser obligatorio preocuparse por los que sólo se tienen a sí mismos. No se puede imponer la solidaridad. Quizás ésta sea una de las lecciones de la historia.

Me gustaría poder afirmar que la situación crítica por la que atraviesa el mundo occidental es, efectivamente, una crisis de valores, pero no lo creo. No creo que estén en crisis los valores que mueven nuestro mundo.

Más bien creo que son esos valores los que pueden hacer naufragar las oportunidades de mejora que toda crisis posibilita.

Decía Octavio Paz que, de las tres palabras vertebradoras de la democracia moderna (libertad, igualdad y fraternidad), la más importante es la fraternidad. La libertad sin igualdad genera injusticia. La búsqueda de la igualdad por encima de la libertad ha sido el pilar sobre el que se han construido algunos totalitarismos. La fraternidad (que también llama *solidaridad* y que es la versión moderna de la *antigua caridad*) es la virtud que sirve de nexo y humaniza a las otras dos.

En esa pugna, y con la fraternidad como actriz más que secundaria, la escena contemporánea parece otorgar a la libertad el papel protagonista.

La igualdad de oportunidades, esencia del estado de bienestar europeo, se pone en tela de juicio y, mientras algunas grandes corporaciones mantienen

sus beneficios e incrementan su poder de influencia en las decisiones de los gobiernos, los ciudadanos más vulnerables ven recortadas, aún más, sus posibilidades. Las desigualdades se acentúan, aumenta la fragmentación social y los pobres de siempre (la mayoría de los habitantes de este planeta ya antes de esta crisis) son aún más invisibles por la aparición de una nueva pobreza vinculada al desempleo reciente en nuestro norte opulento, que afecta a familias hasta ahora ajenas a esta experiencia dolorosa.

Se habla de la necesidad de recuperar los valores del esfuerzo o de la austeridad, que son valores instrumentales, sin cuestionar al servicio de qué grandes valores los ponemos (no es lo mismo esforzarse para amasar una gran fortuna a costa de encarecer productos que otros necesitan para sobrevivir, que esforzarse para mejorar la salud de los demás, para conseguir la paz o para construir un mundo más justo).

De hecho, se alimenta sutilmente la vieja idea de que es el esfuerzo personal el que ha hecho que los ricos estén donde están y de que los pobres son los únicos responsables de su situación de pobreza, desautorizando (por demasiado simples) los análisis estructurales sobre las causas de las desigualdades, para los cuales, dada la complejidad de las variables que intervienen en estos fenómenos, sólo parecen estar capacitados los grandes expertos en macroeconomía.

La especulación (financiera, inmobiliaria o política) es legitimada por el principio sacrosanto de la libertad, y mantiene su influencia en las decisiones conducentes a paliar la crisis económica, a pesar de estar en la raíz de la misma.

Nada nuevo. Desde que, en los años 70 del siglo pasado, Bertalanffy nos ayudó a entender que los sistemas, biológicos o sociales, tienden, de manera natural, a perpetuar sus equilibrios, por muy patológicos que éstos sean, diría (si no pareciera frívolo por la envergadura de la situación y sus dramáticos efectos sobre la vida de las personas) que resulta sencillo analizar lo que está pasando.

El sistema se tambalea y responde con “más de lo mismo” para mantener su equilibrio. Los valores que lo mantienen (*tener* más que *ser*, *poder* más que *servir*) no sólo no cambian, sino que se intentan reforzar.

La gran pregunta que se hace desde dentro y desde fuera de los movimientos sociales que quieren un nuevo equilibrio, más justo, es ¿hay alguna propuesta

de actuación más allá del análisis y la inevitable indignación? Pero no hay respuestas simples. El problema no parece ser tanto entender lo que sucede, sino saber cómo actuar.

¿Qué podemos hacer ante esta situación los profesionales de la acción social?

Anticipo que desconozco (si las hubiera) soluciones a corto plazo. Las tres respuestas que mencionaré no son ni originales ni milagrosas, pero estoy convencido de que apuntan en la dirección adecuada.

En primer lugar, se nos pide, más que nunca, coherencia entre nuestra profesión y nuestro estilo de vida. Antes que profesionales, somos ciudadanos, consumidores o vecinos. Los valores que necesita ese nuevo equilibrio deseado, más que en los discursos, se han de notar en la vida. Si algo vale de verdad, orienta nuestro comportamiento.

La segunda respuesta tiene que ver con la renuncia al pensamiento único. Desde nuestra influencia como ciudadanos o como profesionales necesitamos convencer y convencernos de que los valores no existen sin las personas y de que el mundo está lleno de personas distintas con valores diferentes. Renunciar a esta evidencia nos convierte en cómplices de esa lógica que se nutre de pensar que no existen políticos honestos, empresarios que trabajan por el bien común o trabajadores que lo son por algo más que un sueldo mensual.

La tercera respuesta está en la red. No, no me refiero a Google. Me refiero a la metáfora de la red previa a internet: la red del circo, la que estaba ahí garantizando que si alguien caía, sobreviviría. Tejer esa red de apoyo social, de relaciones familiares, vecinales y ciudadanas gratuitas y no sujetas a los horarios de oficina, continúa siendo una de las prioridades en la actuación de los profesionales. El trabajo comunitario es exigente, poco vistoso en ocasiones y ajeno a los ciclos políticos de cuatro años de duración (el tejido social se teje más lentamente), pero resulta estimulante comprobar que, cuando el estado de bienestar tiembla, son los abuelos, las parroquias, las organizaciones sociales o los vecinos los que ayudan a personas de carne y hueso a seguir adelante.

¿Y si resulta que en un mundo hipereconomizado, el interruptor del cambio necesario estuviera en los gestos gratuitos?

Mientras la historia resuelve el delicado equilibrio entre libertad e igualdad, quiero pensar que, como profesionales de la acción social, ponemos nuestra energía al servicio de la fraternidad, ese tercer pilar que modula y conecta libertad e igualdad en la dirección de las personas y su dignidad.

Paco López